

## Editorial

# VOCES HUECAS

La población política de España se divide en dos: golpistas y demócratas. Todo lo demás es secundario. Los golpistas son una minoría, incluso muy reducida. Es una característica histórica: todo «golpe» es la imposición de unos cuantos sobre todos los demás gracias a la acumulación de una fuerza —armas, dinero, poder de todas clases— que supere la del número. En los últimos años, y en todo el mundo, como consecuencia del imperio occidental de unas doctrinas políticas de filosofía democrática, los golpistas tratan siempre de legalizarse: no basta el empleo de la fuerza, sino que necesitan esgrimir unas razones, una conciencia, una justificación. Lo peor, lo más grave de lo que está sucediendo en España, sobre todo entre las dos fechas golpistas del 23 de febrero y el 23 de mayo, es que hay fuerzas políticas que están dando ese ánimo moral a la subversión: desde los otros terroristas —ETA, GRAPO— que tienen la estrategia de provocar el golpe y suministran pretextos, hasta una peligrosísima zona blanda y cobarde de la clase política dominante que lo está enmascarando, mimando, dejándolo crecer. Está colaborando con sus propias armas: la hipocresía, la mentira, la falsa información. Les alimenta su propio miedo, su colaboracionismo, su falta de fe fundamental en la democracia. Lo hacen, además, mal: tan mal que se ve su propia trama, su inseguridad en la invención. O un cierto cinismo del corte hilleriano, de cuando se creía —y se proclamaba— que una mentira mil veces repetida se convierte en una verdad. Estos otros golpistas sin voluntad, estos aterrados dirigentes, han llegado a la esquematización de que sólo puede haber buenos y malos, y desarrollan esa torpe película cada día por el simple sistema de inventar, primero, los «malos» y, luego, de atribuirles toda la maldad, puesto que los «buenos» —los que ellos prefieren calificar como buenos; o los que tienen sobre ellos la fuerza suficiente como para obligarles a llamarles «buenos»— no pueden ser capaces de maldad. Larra decía ya que lo que no se puede decir no se debe decir. Aquí se ha llegado a más: se llega a decir lo contrario de lo que no se puede decir. Para ello no importa la inverosimilitud, la contradicción flagrante, la mentira evidente. Muchas de las actividades políticas se han convertido, ahora, en simple cara dura y voz hueca y retumbante. La noche, y hasta la madrugada del 24 al 25 de mayo, fue una precipitación más de falacias, de envolturas idiomáticas, de ocultaciones: después de treinta y seis horas de silencios aún más culpables. La base única fue que la ultraderecha, la extrema derecha —y la derecha en general— no pueden delinquir. Están autoritariamente definidos como los «buenos» de este repugnante melodrama. Representan el orden...

Finalmente, a la madrugada, se oyó la voz de un representante oficial del Gobierno aceptar a duras penas que el terrorismo del Banco Central de Barcelona —que en las voces oficiales había ido recibiendo distintos calificativos: nunca se llamó a los forajidos forajidos, sino asaltantes, secuestradores, comandos, al final, se hizo el hallazgo de llamarles «atracaadores», y la destilación de su anarquismo, incluso de su «anarcosindicalismo»— procedía de la extrema derecha. Veremos más allá del horario y día de cierre de esta publicación cómo se desarrolla la mala novela impuesta, la lectura y escucha obligatoria; el folletín decimonónico escrito por unos autores torpes que se viene desarrollando, por lo menos, desde el 23 de febrero; y la escritura se convierte en vida misma con actos insensatos de libertad, exculpación, atención y cuidado de aquellos que tienen que ser a la fuerza, los «buenos» de esta historia. Veremos quienes caen —dimiten, pierden, son expulsados, arrojados del pequeño paraíso, perseguidos, calumniados— y quienes se alzan, triunfan, gozan de la retórica de la bondad política. Veremos quienes pierden y quienes ganan de verdad. Independientemente, claro, de la autenticidad histórica. A menos que la gran España de los no golpistas sepa, por fin, oponerse seriamente a la de los golpistas.

UN futurólogo americano —Arnold Brown, publicado por la «World Future Society» de Washington— cree que estamos en la «era de Osiris». La desgraciada vida de Osiris, faraón y después dios, es conocida: su hermano le mató, le descuartizó en catorce pedazos y los arrojó al Nilo o los distribuyó por la tierra; pero las piezas se pudieron reunir y Osiris volvió a la vida. Y al poder: rey y juez de los muertos. El culto a Osiris renovaba cada año —coincidiendo con los movimientos del Nilo—, el descuartizamiento y la reconstrucción. La parábola de Brown es sencilla: «Como Osiris, nosotros atravesamos tal vez por una transformación.» Como la reforma, la revolución industrial y el renacimiento. «Como la historia lo demuestra, en dichas transformaciones las instituciones que componen la estructura de la sociedad que agoniza se desmoronan, y ese derrumbe es una condición imprescindible para que puedan erigirse las nuevas instituciones de una nueva sociedad. Las instituciones viejas impiden el desarrollo de una nueva era, la cual tiene nuevas necesidades y nueva gente.» Es una visión optimista del futuro. Para algunas personas, la simple observación del presente es desmoralizadora. Sobre todo si miden el tiempo histórico con el ritmo de sus propias vidas, lo cual es bastante justo, y deducen ya que no hay futuro. Esta otra forma de conjetura, la pesimista, está apoyada en que las nuevas instituciones no se ven venir; o las que se ven venir no gustan. Nuestro siglo, en el que vivimos, o el que nos vive a nosotros, ha producido algunos modelos políticos dotados de grandes esperanzas y productores de nuevas instituciones: el comunismo, el fascismo, diversas formas experimentales y prácticas del capitalismo, el tercermundismo y alguna que otra religión rampante, además de las esperanzas más o menos científicas: el freudismo, el relativismo einsteniano, la creencia en lo científico y lo técnico. Se nos han quedado entre las manos.

Todas estas instituciones se han enfrentado entre sí, se han destruido mutuamente, se han desgarrado, y no han dado a luz nada parecido —desde nuestra óptica de contemporáneos— al renacimiento, la revolución o la reforma. Por el momento, lo que se percibe es la institucionalización desgarrada y su falta de servicio. Es evidente que hay unas leyes históricas y que, dentro de ellas, se pueden encuadrar movimientos paralelos. Brown cree,